

En la tumba de Acuña no quedó sepultado el romanticismo mexicano. Vamos a verlo aparecer todavía, aunque atenuado y renovado, en el período siguiente, del cual trataré en la próxima conferencia.

IV

Una velada memorable.—El maestro Altamirano y la poesía nacional.—Los primeros discípulos del maestro.—Juan de Dios Peza.—Justo Sierra.—Los últimos discípulos.—El Liceo Mexicano.—Manuel Gutiérrez Nájera.

Una noche de febrero del año de 1893, el salón de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística estaba fúnebremente decorado; paños negros ocultaban las estanterías; obscuras y grandes coronas colgaban, a trechos simétricos, de los muros, y, bajo el dosel del fondo, una gasa enlutada circuía el marco dorado y amplio de un retrato fotográfico. El salón estaba henchido de estudiantes imberbes, entre los cuales muchos

hombres serios y graves mostraban una actitud silenciosa, y muchos viejos de cabeza blanca estaban inmobilizados por una preocupación que parecía cargada de recuerdos. En los corredores de aquel severo edificio colonial, la gente que no pudo alcanzar sitio en el salón, habíase quedado atisbando por las ventanas abiertas. Había en todos los semblantes una curiosidad nerviosa, y en cada espíritu una inquietud interior, como forzada y constreñida a permanecer en un discreto y callado ambiente. Sin embargo, lo que iba a suceder nada podía tener de extraordinario: una velada literaria, una de tantas veladas con las cuales solemos conmemorar en estos tiempos las vidas próceres y las muertes augustas. Lo singular era que, en aquel instante, tres generaciones de mexicanos habíanse reunido para hacer aquella rememoración: la entonces ya casi extinguida de los reformadores, de los que se despedían de la existencia en la línea de la senectud; la de los republicanos, luchadora y briosa, y a la que pertenecía el conmemorado, y la llegada a la vida en un período normal y tranquilo, cuya prolongación excesiva, bajo un régimen dictatorial, benefició materialmente a nuestro país, pero, a causa del estancamiento de las actividades civiles y políticas, lo desnutrió moralmente, paralizó sus energías en vez de encauzarlas hacia la realización de

los ideales democráticos, y preparó, por efecto de naturales reacciones, la violencia de una revolución que no ha sido otra cosa que el adormecido anhelo de llegar a la libertad y a la justicia, el cual despertó y se puso otra vez en movimiento. La edad proveya, la viril, la juvenil, se convocaron en torno de una memoria con tristeza de dolientes que rodeasen una tumba. Ocho días antes se había recibido en México la noticia de que a la orilla de la Costa Azul, frente a la llanura de turquesa líquida del Mediterráneo, había cerrado los ojos para dormir el sueño último un batallador, un poeta, un maestro, un representante: Ignacio Altamirano.

Altamirano, indígena, nació en las montañas del Sur, y en la escuela de su aldea mostró tal aplicación, tan afanoso deseo de estudiar, que pronto tuvo el premio de seguir una carrera profesional en el Instituto de Toluca, que dirigía entonces Ignacio Ramírez, *el Nigromante*. Fué este exaltado, este enamorado de la belleza, quien se encargó de plasmar el alma del niño indio, que, tímido y semidesnudo, llegaba a sus manos, pero cuyos ojos refulgentes y negros, como de pulida obsidiana, tenían brillo de genio. Altamirano recogió la herencia de Ramírez y la incorporó para siempre en su propia vida. En la tribuna parlamentaria, en los campos de batalla, en la Prensa,

en el Gabinete ministerial, defendió el pensamiento de la Reforma, predicó la libertad de conciencia, combatió los privilegios, las sumisiones, las tiranías, allí donde él creía que podrían encontrarse, y, rebosante de pasión jacobina, fué implacable para los enemigos y constante, generoso y fiel para sus compañeros de ideal. Era un poeta de voluptuosidad romántica. Mas por un instinto, aficionado a una educación literaria de primer orden, Altamirano logró tener una expresión nítida de clásica sobriedad, dentro de la cual quedaba preso y aquietado su hervoroso temperamento.

El corcel impetuoso de su sentimentalismo, obedecía a los vendavales de oro del Arte. Odiaba, como si fuesen sus adversarios políticos, la exageración, la superabundancia, la desproporción, la asimetría. Poseía y cultivaba el sentido de lo armónico y ponderado. La gracia tierna de Tibulo y la elegancia libertina de Cátulo retenían su atención y lo encantaban. Y la exquisitez, la compostura, la preferencia por la simplicidad estética, que marcaban su inclinación y constituían su doctrina, las llevaba este hombre al modo de vivir, a las costumbres, a los muebles, al traje, al pormenor insignificante. Porque este *jacobino* que fué militar, soldado de la patria en la época de la invasión francesa y del Imperio de

Max de Hapsburgo; que fué diputado—orador ardentísimo y terrorista que pedía en la tribuna cabezas de ministros—; que fué escritor político—predicador formidable de la violencia y el encono—, poseía la distinción de las maneras caballerescas, la galantería y la hidalguía de los galanes calderonianos, y la aristocracia del buen gusto.

Para entrar en sociedad, cuando era preciso, abandonaba sus exaltaciones, y mostraba el lado afectuoso de su carácter, que era verdaderamente adorable. Nadie como él para conversar y entretener en una reunión íntima de intelectuales. Su imaginación muy despierta, su memoria muy clara, su palabra muy viva, producía el efecto del pájaro de la leyenda: se podía uno quedar escuchando un sig'lo.

De esta fascinación, sabiamente ejercida por él, Altamirano se aprovechó para difundir sus ideas, no ya en el Parlamento, ni en la hoja volante, ni en el estrado, sino en la cátedra. Y allí estaba en realidad como príncipe en su dominio. El atractivo que tuvo para las almas nuevas era indiscutible. Si se le oía se le seguía. Tenía la virtud magistral por excelencia: sabía socratizar. Por eso pudo hacer, por eso hizo un gran beneficio a la literatura romántica de México: la desencrespó, la tranquilizó, la equilibró, la presen-

tó los modelos eternos, los griegos y los latinos, y le dijo: por ahí...

No se volvió ni se podía volver a la frialdad académica, ni a la alusión mitológica, ni al artificio insubstancial, pero se limpió de sensiblería y de falsedad la lírica y los ojos se fijaron de nuevo en el mundo real, y dió principio la noble tendencia de sentir con sinceridad y de expresar con verdad.

Altamirano pertenecía a la generación que en mi país produjo hombres de singular talento literario, como don Juan Mateos, novelista y comediógrafo de escasa cultura, pero de inteligencia extraordinaria; como don Alfredo Chavero, muy distinguido historiador y excelente poeta dramático; como don José Peón y Contreras, espléndido tipo de espontaneidad lírica que escribió innumerables piezas de teatro al margen del siglo XVII español; como don Vicente Riva Palacio, ingenio poderoso, que, a fuer de general y de cortesano, ora en el vivac, ora en los salones, pasaba las noches con igual desenado; encantador epigramático del que han quedado divertidísimas anécdotas, y poeta de natural inspiración, no contaminada por el romanticismo gembundo. De Riva Palacio, recogerán los *Florilogios* estos dos sonetos, que juntan a la tersura del lenguaje la suavidad de la emoción:

AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía
en las puertas gemir de mi aposento;
doloroso, trágico lamento
de misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
frases que adivinó mi pensamiento:
Y después, al cruzar el campamento,
¡Patria! tu ronca voz me repetía.

Hoy te escucho, azotando en las oscuras
noches, de mi prisión las fuertes rejas;
pero me han dicho ya mis desventuras

que eres viento no más cuando te quejas,
eres viento si ruges o murmuras,
viento si vienes, viento si te alejas.

LA VEJEZ

Mienten los que nos dicen que la vida
es la copa dorada y engañosa,
que si de dulce néctar se rebosa,
ponzoña de dolor lleva escondida.

Que es la juventud senda florida
y en la vejez pendiente que, escabrosa,
ha de cruzar el alma congojosa
sin fe, sin esperanza y dolorida.

Mienten; si la vejez sus homenajes
a la virtud rindió, con sus querellas
no contesta del tiempo a los ultrajes;

que tiene la vejez horas tan bellas,
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.

El general Riva Palacio intentó, quizás influido por Altamirano, dirigir la poesía mexicana a su peculiarización, es decir, darle un sello propio, marcarle un espíritu de raza, hacerla nacional, en suma. Ese fué el sueño del maestro Altamirano; dentro de una forma impecable, como un esculpido vaso corintio, verter el vino de la sangre indígena. Para ello creyó que la descripción del paisaje era lo primero que había que intentar. En la reproducción de la naturaleza radicaba para él, principalmente, la caracterización de nuestra poesía. Si el paisaje es un estado de alma, es en él, en su diseño y su matiz, donde hemos de revelarnos mental y sentimentalmente. El cur-

so de nuestros ríos, el rumor de nuestros bosques, la gris placidez de nuestras aldeas, los nombres autóctonos de nuestras flores y de nuestros pájaros, todo eso era preciso que entrase en nuestra poesía, en nuestra literatura, que tomaría un aspecto distinto regional, *sui generis*, que nos daría pronto una definida personalidad americana.

Voy a presentar unas muestras que indican su manera de realizar esta teoría de la poesía nacional. Este es el fragmento de un romance que se llama *Flor del Alba*.

Las montañas del Oriente
la luna traspuso ya.
El gran lucero del Alba
se mira apenas brillar.
A través de los nacientes
rayos de luz matinal,
dejó su manto la niebla,
gime soñoliento el mar.

En las praderas, el céfiro
tibio despertando va
de la sonrosada aurora
con la dulce claridad.

Todo se anima y remueve;
todo se siente agitar.

Sobre las rocas, el águila
con fiereza y majestad
erguida ve el horizonte
por donde el sol nacerá.

Mientras el tigre gallardo
y el receloso jaguar
se alejan buscando asilo
del bosque en la obscuridad,
los halcones en bandadas
rasgando los aires van,
y el *madrugador* comienza
las aves a despertar.
Aquí salta en las caobas
el pomposo *cardenal*
y alegres los *guacamayos*
aparecen más allá.

El *aní* canta en los mangles,
en el ébano el turpial,
el *cenzontle* entre los ceibas,
la alondra en el arrayán,
en los maizales el tordo
y el mirio en el arrozal.

Desde su trono la orquídea
vierte de aroma un raudal;
con su guirnalda de nieve
se corona el *guayacán*.

Abre el algodón sus rosas
el *ítamo* su azahar,
mientras que lluvia de aljófares
se obstenta en el cafetal
y el nelumbio en los remansos
se inclina el agua a besar.

Y estas octavillas de *Los Naranjos*.

Perdiéronse las neblinas
en los picos de la sierra,
el sol derrama en la tierra
su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
del argentado rocío,
en las adelfas del río
y en los naranjos en flor.

Del *mamey* el duro tronco
picotea el *carpintero*
y en el frondoso *manguero*
canta su amor el turpial.
Y se buscan las abejas
en las piñas olorosas,
y pueblan las mariposas
el florido cafetal.

En el resto de Hispano-América, por aquel tiempo de 1860 a 70, otros hombres de letras ensayaban, con parecidos procedimientos, la transformación lírica que intentaban en México los literatos románticos, con Altamirano a la cabeza.

La innovación parecía una moda. Y no: era un impulso de crecimiento. El maestro sintió la vibración y la propagó con el apasionamiento que acostumbraba poner en todos sus actos. Quería que en la poesía americana dominasen la transparencia de piedra preciosa del estilo, y el color local. Mas no era él de esos maestros que se encastillan en lo arcaico, viven en éxtasis bajo la sombra de la musa antigua y circunscriben su admiración por las obras pretéritas, desprendidos de la existencia real y presente, fantasmas de ayer que, por anacronismo, pasan indiferentes al hoy y desdeñosos del mañana. Era por el contrario, y no era fácil que dejara de ser en literatura lo que en otras actividades: hombre de su tiempo, observador incesante de la cultura contemporánea, lector de los poetas ingleses, alemanes y franceses. De estos últimos, sobre todo. Porque el francés, idioma tan diáfano, tan sutil, tan finamente trabajado, le parecía el más a propósito para realizar los ideales del arte literario. Lo poseía a conciencia, y gustaba de expresarse en él. Bien es verdad que ya en esa época la len-

gua francesa se había extendido en la educación y en la literatura de México, como en comarcas conquistadas. Se traducían constantemente a Lamartine, a Musset, a Hugo. Altamirano tenía puesta en un francés toda su devoción artística: Ernesto Renán.

Y si en sus versos aspiraba a la noble sencillez, en su prosa buscaba y encontraba las cualidades de precisión y claridad, verdaderas túnicas griegas que vestían las ideas, realzando juntamente sus contornos. Sus novelas *Clemencia*, *El Zarco*, sus crónicas eruditas y pulidas, forman, en prosa, la unidad de estilo que, en verso, demuestran *El Atoyac* y *Las Abejas*, por ejemplo. Y este hombre infatigable era menos maestro por lo que enseñaba que por lo que alentaba. En la primera generación de sus discípulos, descuellan: Justo Sierra, Joaquín Casasús, Juan de Dios Peza, y muy niño, escolarillo travieso, Manuel Gutiérrez Nájera. A la segunda pertenecen José María Bustillos, Balbino Dávalos, Enrique Fernández Granados, Antonio de la Peña y Reyes, Rafael de Alba, Angel de Campo. En estas dos generaciones, unidades aisladas, tipos de potencia y relieve—como Salvador Díaz Mirón, en Veracruz, y Manuel José Othón, en San Luis Potosí—trabajan en la provincia y logran llamar la atención y abrirse paso por un esfuerzo personal, hasta la

admiración y la glorificación. Algunos de los nombres que acabo de decir saltaron por encima de las fronteras de mi país y han sonado por todo el Continente. Tal vez ninguno se popularizó como el de Juan de Dios Peza. Este poeta no es precisamente un artista, un complicado, un joyero del verso, un perseguidor del atildamiento. Nadie más lejos que él de los modelos, de los análisis de las formas, de los ejercicios del estilo. Peza siguió su gusto y su inclinación con la imprevisión con que se abre una rosa o se tiende una ala. Y su inspiración fué haciéndose bella como una de esas muchachas que se hermocean cuando comienza su juventud. Claro que no hay poetas de generación espontánea; que se principia siempre por imitar, que es necesario un período de asimilación para hallar, al fin, la expresión individual. Juan de Dios Peza tomó el rumbo que le marcaron los poetas españoles: Campoamor, Núñez de Arce y Gustavo Bécquer, el cual, como se sabe, por causa de los innumerables imitadores de sus *Rimas*, llenó la lírica de habla castellana de los llamados *suspirillos germánicos*.

Y tan bien supo asimilarse Juan de Dios Peza la versificación castellana, que sus composiciones pueden compararse con las de los poetas peninsulares de esa época (Grilo, Velarde); es más, con-

fundirse con ellos. Poeta a la española, rotundo y sonoro, de precisión absoluta en las líneas rítmicas, es buen constructor del tradicional endecasílabo, del martilleante alejandrino zorrillesco, y de los versos de arte menor, de la décima, que se desenvuelve como una cachemira, de la copla, que se retuerce como una espiral de colores, de la quintilla, que se mece airosamente, como en un tallo largo y débil, una corola de cinco pétalos.

Los primeros versos de Peza encantan por la música que hay en ellos, agradablemente fácil y halagadora, siempre afinada y flúida. Hablan del amor, del sufrimiento y de la Patria. Pero, como son jóvenes, parece que van distraídos y suelen repetir lo que hemos escuchado tantas veces. Mas una vez, este poeta, armonioso y brillante, sintió que se le prendía al cuello la garra del dolor, que lo sacudía. que lo elevaba, que lo dejaba caer en la sombra y la desesperación. Y entonces, entre aquellos trinos de ruiseñor, se oyeron gritos, quejas, sollozos, y la insinceridad se volvió verdad, y la verdad cantó. Murmuró ternezas a los hijos del poeta, los arrulló con amorosas dulzuras, y sustituyó el acento maternal con melancólicas canciones.

Mi tristeza es un mar, tiene su bruma
que envuelve, densa, mis amargos días;
sus olas son de lágrimas; mi pluma
está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
nacidas de ese mar en la ribera:
la sorda tempestad de mis dolores
sirvió de arrullo a vuestra edad primera.

En los *Cantos del Hogar* fué donde Peza se reveló un poeta humano; sus anteriores facultades de versificador, sólo le sirvieron de preparación para el momento en que, una tragedia íntima, colmó de amargura el corazón del hombre, y le hizo llorar rítmicamente un desengaño, y así, mojar de llanto las pensativas cabecitas de sus hijos. Estos versos que sonríen a los niños como para ocultarles la pena de la vida, y juegan con ellos con enternecedora alegría, y, reprimiendo el llanto, los besan y acarician, han recorrido el mundo; están traducidos a varios idiomas y se los saben de memoria los chicos y los grandes. Es que son cristalinos y puros por dentro y por fuera, de forma y de fondo, y con un arte sencillo y una emoción cierta, logran conmover a las gentes buenas, a las que no se preocupan de distinguir las fórmulas ni los refina-

mientos. Este es el poeta, no diremos popular, sino doméstico. A medida que humanizaba y sensibilizaba su obra, iba haciéndose, no tan sólo más interesante, sino también más artista, más dueño de su manera, más personal; e iba perdiendo, conforme avanzaba, su parentesco con los versificadores peninsulares. A este instante de su desarrollo lírico pertenece la composición *En mi barrio*, la más acabada y sentida quizás de cuantas produjo la franca inspiración de Juan de Dios Peza.

El fué uno de los oradores en la velada de que acabo de hablar. Parece que lo estoy mirando ahora mismo. Fuerte de cuerpo, ancho y sonrosado de rostro, prematura la calvicie que dejaba al descubierto el amplio y bruñido cráneo; gris de canas el bigote espeso, un bigotazo de carabinero que mal se avenía con la suave y perpetua sonrisa de la boca; grandes los ojos bajo las cerradas pestañas, iluminados continuamente por un dulce rayo de cariño; y una voz fresca, atenorada, flexible, de una afinación acariciante. Juan era un notabilísimo recitador y—cualidad común a las gentes de letras de entonces—un charlador delicioso. Para el chascarrillo, el cuento, la fugaz anécdota, el juego del vocablo, tenía una gracia juvenil y ligera que forzaba imprescindiblemente la risa.

Pero en aquella velada todos tenían una gravedad angustiosa; un gesto apesadumbrado. La idea de la muerte ensombrecía todas las almas. En silencio habían descendido de la tribuna todos los oradores. En silencio llegó a ella don Justo Sierra. No era ya el muchacho de melena rizada que recitó su elegía sollozante al borde de la fosa de Manuel Acuña. Erguido estaba su cuerpo, macizo y gigantesco; límpida y áurea su voz de barítono, relampagueantes sus pupilas de inteligencia y bondad; pero ya su cabeza estaba blanca, inmaculadamente blanca, y por el color, y la proporción y la majestad y el aire de grandeza solemne de que estaba tocada, hacía pensar en la estatuaria, en el mármol, en alguno de esos bustos antiguos que meditan solitarios en las salas de los museos. Escultural era la cabeza; genial el pensamiento que la iluminaba con llama perenne.

Justo Sierra habló. Comenzó por evocar la figura de Altamirano. Y fué tal el poder sugestivo de la evocación, tan hondamente lo sentimos, magnetizados por la primera cláusula del discurso de Sierra, que cuando él dijo: «su gran figura pasa...» la vimos efectivamente. Vimos cruzar el fantasma de Altamirano por la penumbra del recuerdo, con su hermosa fealdad, su cuerpo pequeño, la «cara azteca de rojo cobrizo, la nariz

ancha y palpitante entre los pómulos enérgicos, amplísima la boca, los ojos oscuros y fulminantes, pequeña la frente, el cabello lacio y largo, inverosímilmente negro y lustroso, y en el que se perdía la mano pequeña y elegante de mujer nerviosa... y al exclamar el orador «gracias, maestro, no nos podías abandonar, no nos has abandonado, no nos abandonarás», rompimos el silencio como si rompiésemos un muro que encerrase nuestra emoción, y prorrumpimos en un larguísimo y frenético aplauso.

Justo Sierra obtenía, en ese minuto de entusiasmo, que volaba por sobre una memoria dolorosa, su consagración de maestro. Su elección era anterior. Quince años hacía que, sustituyendo precisamente a Ignacio Altamirano en la cátedra de Historia Universal, en nuestra Escuela Preparatoria, habíase revelado un espíritu conductor, una mentalidad guiadora, una voluntad capaz de dirigir las curiosidades flamantes de la adolescencia y de convertirlas en observaciones metódicas, en decisiones inquebrantables de alcanzar la verdad, de sentir y propagar el bien y de comprender y admirar la belleza.

Justo Sierra es un ejemplo altísimo de evolución intelectual. A los trece años había salido de un colegio de Yucatán, lejana provincia mexicana, rumbo a la capital de la República; «era muy

aplicado—según confesión de un prohombre, tío suyo, don Santiago Méndez—y para su edad sabía mucho de historia, y tenía muy aprendido el francés». Estos dos conocimientos infantiles, ensanchados en la juventud, determinaron su vocación; la historia le dió los materiales del pensador; el francés le puso en contacto con la poesía, y este contacto le encendió el estro. Entre sus papeles de estudiante, ya el chiquillo traía versos. Con ellos se presentó en uno de los cenáculos de las letras mexicanas, donde pontificaba Altamirano y oficiaban sacerdotalmente Alfredo Chavero, el doctor Peredo, Luis G. Ortiz, poeta de romanticismo muy delicado este último. Eran los versos una barcarola pensada y escrita a la orilla del mar de Campeche—la provincia natal de Justo Sierra—y que tenía ritmo de onda mansa y cabrilleos de agua dormida:

Baje a la playa la dulce niña,
perlas hermosas le buscaré,
deje que el agua, llegando, cifa
con sus cristales el blanco pie.

Venga la niña r'sueña y pura,
el mar su encanto reflejará,
y mientras viene la noche oscura
cosas de amores le contaré.

Estas dos estrofas que desenhebro, como dos pequeñas margaritas, del hilo de oro de la *Playera*, dan idea del candor de niño con que está escrito este poemita, impregnado de gracia y de color. Apenas balbuce una inspiración que, sin perder lozanía, adquirió poco a poco un brío, un movimiento, una fuerza, de los que hay pocos ejemplos en nuestra literatura. El poeta de la pubertad no anunciaba, por cierto, al poeta de la juventud. Este había seguido a los líricos de Francia, y arrastrado por Víctor Hugo, aportaba a la poesía mexicana las visiones apocalípticas de sus tremendas metáforas, de sus bruscos símiles, de sus odas grandilocuentes, de su vasta y fogosa expresión, que deshacía de un soplo los moldes discretos y proporcionados que estaban en boga. El énfasis volvía a México, pero revivido, engrandecido, ennoblecido, pudiéramos decir, nutrido con la fecunda savia del más grande y maravilloso de los románticos. El *victorhuguismo* estaba iniciado antes de la aparición de Justo Sierra en nuestro Parnaso; pero no se había definido con tanta precisión como con él. Las alusiones a la leyenda napoleónica, las defensas de la mujer caída, databan de una época anterior y eran huguianas; pero la antítesis centelleante y la imagen deslumbradora y el tropo titánico, entraron con las odas de Justo Sierra, con esas silvas que

chispean como hierro batido en yunque, con esos endecasílabos y heptasílabos de bronce, con ese filosofar trascendentalista, un poco misterioso, un poco sibilino, que hace de la poesía un canto profético. Y todo aquel torrente de lirismo en ebullición, era como un manantial de exuberancia. La prodigalidad poética se manifestaba naturalmente, sin fingimientos, porque no era sino el indicio de la abundancia, del tesoro mental y sentimental, imaginativo y afectivo, de un ser excepcionalmente dotado por el genio.

Y el estudiante del colegio de San Ildefonso, de temperamento radical, de intransigencia religiosa, de arrebatos pindáricos; el atrevido mozo que una vez en la capilla del severo colegio, a la hora de la misa escolar, había gritado para espantar a profesores y alumnos ¡muera el Papa!, ya hecho hombre, ya director de un periódico político, desapareció un día para ocultar una terrible pena que acababa de afligirle. (La muerte, en duelo, de su hermano Santiago, otro extraordinario talento mexicano.) Estaba más allá de la frontera de los treinta años.

Varios años de retraimiento y ensimismamiento le permitieron completar los profundos estudios de ciencia y arte, emprendidos de tiempo atrás, y de los cuales había dado elevadas muestras en el aula y en el periodismo, en su clase de

historia y en un diario que él dirigió, en unión de don Telesforo García, y que es un notable exponente de la época: *La Libertad*.

Justo Sierra rehizo su educación, la afirmó, la amplificó, y de ella salió el poeta, el escritor, el soñador del *Canto a Colón* y de los *Cuentos románticos*, hecho un pensador profundo, un historiador, un sociólogo, y como coronamiento de la obra, un educador. La metamorfosis se había efectuado sin disminuir el valor artístico, sin transformar esencialmente las cualidades de fantasía y emotividad del literato, sino dando a todos sus dones, ponderación y equilibrio, y pasando por el encrespado apasionamiento del carácter un hálito reconfortante de serenidad y piedad. A partir de su reaparición, el pensamiento de Justo Sierra fué como una mano que levanta una antorcha en la sombra, como un promontorio que sostiene un faro en el mar.

Sus libros, sus discursos (no coleccionados éstos aún y que formarán el momento excelso de las letras y las ideas mexicanas) sus informaciones como ministro de Instrucción Pública, sus leyes pedagógicas, sus arengas a los maestros, sus improvisaciones ante los estudiantes, están henchidos de misericordioso optimismo, de fe ardorosa, de amor a lo bello y a lo bueno. Uno de sus novísimos discípulos, Antonio Caso, lo